

EUROPA TIENE MIEDO

clima de inquietud al empezar 1968

DOS ruidos unifican las ciudades de Europa: el bordoneo incesante de los vehículos y el de las máquinas de construcción. Están relacionados. Lo que se construye —tras previas destrucciones— son túneles, pasos elevados, estacionamientos subterráneos para tratar de dar movilidad y desahogo al tránsito mecánico. Esta paradoja es muy propia de nuestro tiempo: la busca de la movilidad máxima nos ha llevado a la inmovilidad. En varias ciudades europeas estas obras públicas tienen un doble sentido. Se está construyendo el «metro» —una solución de principios de siglo— y ese «metro» va a servir, también, para refugio contra las bombas atómicas. Muchos espíritus suspicaces creen que la ideación es inversa: es decir, que la necesidad de construir refugios atómicos y el deseo de disfrazarlos ha permitido la obra civil necesaria, el «metro». El de Rotterdam ya se puede visitar. Va a inaugurarse el 10 de febrero y aliviara los ahora torpes movimientos de un millón de habitantes. Tiene —como el año— cuatro estaciones y cada una de ellas será un refugio. Los andenes pueden cerrarse en cada extremo con espesas puertas metálicas, en las que hay láminas de plomo —para evitar las radiaciones— y están provistas de equipos de socorro médico. En la estación situada debajo del Ayuntamiento habrá un despacho para el alcalde, unas oficinas para los concejales, una sala de consejo, alcobas, cocinas... Desde allí se podrá dirigir la reorganización de la ciudad el día de la guerra... Pero en cada estación no podrán encontrar abrigo más de cinco mil personas. Las otras —novecientas ochenta mil— deberán recibir el peso de la bomba sobre sus espaldas. En Colonia, en Bruselas —un millón doscientos mil habitantes cada una— se hacen obras parecidas. Aquí, en Francfort, las gentes miran por entre las vallas los enormes bloques de cemento y metal del «metro» en construcción. Se dice que serán los mejores refugios antiatómicos de Europa. Se dice que tendrán ocho pisos bajo el nivel del suelo de la ciudad.

TIENE justificación este miedo a la bomba atómica? En principio, toda previsión es válida. Estas ciudades han sido mártires. En Colonia aún hay muñones de la guerra en sus edificios históricos. Rotterdam se vio destruida en unos minutos, en 1940. Sobre este Francfort vivo y orgulloso de ahora me cuesta trabajo retrazar mis pasos por aquella ciudad que vi en la posguerra, arruinada, deshecha. Son ciudades que tienen razones para temer y temblar. Pero, ¿por qué ahora? ¿Hay en estos momentos, en estos primeros pasos inciertos que da el año 1968, más razones para temer la guerra que en otros años pasados? Puede que sí. Dicen que, en otros tiempos, los campesinos de las zonas fronterizas disputadas eran los primeros en olfatear las guerras de las que debían ser las primeras víctimas y emigraban de sus tierras cuando aún en las cortes no se advertía el peligro. Esa sensibilidad puede haber transmigrado ahora a los burgueses, a los habitantes de las ciudades eternamente amenazadas. En las grandes villas de Europa hay malestar, hay incertidumbre. Desde hace dos, tres años, van creciendo en el mundo las fuerzas de la violencia. La violencia engendra violencia. Se sabe, hoy, que no hay hechos independientes, que todo está intercomunicado, que el más lejano acontecimiento repercute sobre nuestras vidas. Se sabe que la violencia no tiene límites ya; que, precisamente, una guerra atómica es una guerra sin límites. El espectáculo del mundo, desde el occidente de Europa, es escasamente agradable.

EN el año que se nos fue de las manos, la violencia y la agresividad han seguido su camino ascendente. Han ardido ciudades en Estados Unidos; se han multiplicado los movimientos insurreccionales, las guerrillas; ha habido guerras africanas y terrorismo africano; la juventud se ha ma-



nifestado con violencia en varias ciudades del mundo; los golpes de estado, los asesinatos políticos, han modificado algunos regímenes. En los últimos días del año, una explosión atómica aún mal conocida en China ha arrojado partículas radiactivas gigantes. Se dice que la bomba ha sido un medio fracaso, se dice también que, al contrario, ha supuesto el primer ensayo de un cohete balístico con cabeza nuclear que puede convertir ya a China en la tercera potencia nuclear del mundo. Al contrario de estos éxitos de la violencia y de la fuerza, los movimientos de comprensión y de apaciguamiento siguen un camino regresivo. Inglaterra, Irlanda y Dinamarca se quedan a las puertas del Mercado Común, la comunidad europea ha conocido la crisis política más grave desde que se fundó; la Asamblea General de la ONU y su Consejo de Seguridad, aparte de un éxito puramente coyuntural en Chipre, se ha tapado los ojos ante los problemas de mayor envergadura; en Ginebra, las sesiones para el desarme se han convertido en burlescas y sus objetivos en utópicos. Al mismo tiempo, se extiende el malestar económico. Una decena de monedas han caído —a partir de la libra, divisa internacional—; el dólar está enfermo y el oro sube de precio, como sube siempre en los períodos de peligro. El capital se concentra —aquí, en Alemania, a pesar de las leyes federales, aumentan los «konzerns»—, las empresas medias caen, aumenta el paro obrero. En las ciudades de la opulencia comienzan a reaparecer los mendigos de antaño. Se los ignora. Ha sido aún en este año de 1967 cuando Johnson ha dicho: «Los americanos son el pueblo mejor pagado, mejor alimentado y mejor educado del mundo; tenemos la mitad de los camiones del mundo, la mitad de los aparatos de radio del mundo, una cuarta parte de todo el acero y, aunque sólo constituimos el seis por ciento de la población del mundo, poseemos la mitad de sus riquezas». Cuando Johnson pronunciaba esas palabras había en el país 33 millones de pobres oficiales (de una población de doscientos millones). Pero habla en el mundo dos mil millones de personas por debajo de la media de la alimentación mundial necesaria. Sin embargo, se siguen buscando en lugares insospitados y en causas ocultas las causas de las agitaciones, las violencias, el malestar, el miedo del mundo...

DE todas las crisis, de todas las violencias del año ido, que dejan su herencia de inquietud en éste, hay dos extremadamente graves: la de Oriente Medio, que ha precipitado árabes e israelíes unos contra otros, y ha servido para duplicar la extensión del estado de Israel a costa del territorio de sus vecinos, y la del Vietnam. La más grave es la del Vietnam; la que ha sido más espectacular, por los cambios repentinos de situación que ha producido y por el airdabonezo del miedo que ha dado en Europa, la de Oriente Medio. Ha servido para cargar la atención en el Mediterráneo, donde por primera vez ha entrado la flota soviética, y en todos sus movimientos ribereños —Chipre, Turquía, Grecia, Argelia—; pero el norte de Europa está todavía contraído por el miedo de lo que pudo haber pasado y, sobre todo, por el miedo de lo que puede pasar. La crisis de Oriente Medio no ha terminado. Hay un millón de personas que están viviendo en el hambre, la miseria y la desesperación con motivo de aquella guerra, desplazados de sus hogares; hay un millón trescientos mil árabes que viven bajo la ocupación extranjera de sus enemigos tradicionales; tres millones de israelíes viven, a pesar de su sensación de triunfo, bajo el temor del terrorismo árabe, de los movimientos de resistencia, de un movimiento revanchista, del espectáculo de los barcos soviéticos patrullando ante sus costas; Estados Unidos les envía bombarderos —50 «skyhawk»— y ánimos, pero temen que Washington no se enfrentará con una guerra mundial si trata de defenderlos, como no se enfrentó la U. R. S. S. cuando trató de defender a sus amigos árabes; el Canal de Suez



De todas las crisis, de todas las violencias del año ido, que dejan su herencia de inquietud en éste, hay dos extremadamente graves: la de Oriente Medio y la del Vietnam. En la primera foto, a la izquierda, un soldado norteamericano conduciendo a un grupo de guerrilleros del Vietcong cogidos prisioneros. La costumbre es vendarles los ojos. En la otra fotografía, tropas de Israel ocupando los alrededores de Jerusalén.

sigue cerrado; la guerra del Yemen no se contiene... 1968 tendrá que resolver esos problemas si quiere salvarse. Pero nadie sabe cómo se van a resolver; todo el mundo tiene la impresión de que no pueden resolverse, de que las fórmulas que se lanzan los mediadores unos a otros pueden ser más o menos lógicas, pero no serán aceptadas, y que el riesgo sigue latente, vigente.

Casi todo el mundo coincide en apreciar que la noticia de la guerra israelo-árabe fue la más sensacional del año transcurrido; pero casi nadie ignora que el fondo movido del mundo está situado en el Vietnam, porque es precisamente allí donde se encuentra comprometida —y maltrecha— la fuerza militar, económica y psicológica del país que se considera a sí mismo —véase, más arriba, la orgullosa frase de Johnson— el dueño del mundo. Este problema, que apareció hace unos años como una simple molestia, como una más de cuantas aparecían en el camino del imperio americano, se ha convertido en un terrible cáncer. Parece incurable. Nada de lo que sucede hoy en el mundo —los negocios, las economías nacionales, las políticas, hasta la vida mental de cada ciudadano— está libre de este problema. Vietnam es el más terrible fracaso de occidente —entendiendo occidente en el sentido común en que se entiende hoy: el del imperio americano— desde el final de la Segunda Guerra Mundial. No es sólo el fracaso diario de unos ejércitos superdotados, de 500.000 hombres ricamente equipados y ayudados por los mejores mecanismos aéreos y terrestres del mundo, frente a un grupo de esqueléticos guerrilleros mal nutridos; es, al mismo tiempo, el fracaso de una serie de ideales, o la explicación, por la prueba de la experiencia, de la falsedad fundamental de esos ideales. Se ha supuesto que se trata de garantizar la libertad de un pueblo a elegir por sí mismo su destino, y se le está destruyendo; se ha saludado como un triunfo de la democracia unas elecciones falsas y trucadas que han llevado al poder a un equipo desprestigiado —el «tándem» Thieu-Ky—; se ha dicho que se está defendiendo a un gobierno contra una subversión y se está demostrando, primero, que no se le puede defender; segundo, que no se trata de un verdadero gobierno; los Estados Unidos se han colocado sistemáticamente frente a las aspiraciones nacionalistas asiáticas, en el lado erróneo del «conflicto de generaciones», contra los movimientos ideológicos naturales —budistas, católicos— de esos países; se han mostrado incapaces de inventar fórmulas, se han enclavado en los viejos principios de la SEATO —el tratado del Sudeste Asiático, equivalente a la OTAN— y, al mismo tiempo, demuestran que los principios defensivos del pacto son inútiles. Sus dirigentes viajan por los países asiáticos escoltados por las manifestaciones de protesta; los gobernantes, aun los que están a su lado, les piden que retrasen sus visitas. La India sabe hoy que si los disturbios del hambre —que van creciendo cada día, a partir de Bengala— o sus inseguras fronteras con Pakistán o con China llegaran a una situación de guerra, los Estados Unidos serían incapaces de defenderles y que, quizá, su intervención amenazase lo poco que queda de la democracia pacifista de Nehru en el país de su hija. Tailandia, Laos, Camboya, están cada día amenazados por la extensión de la guerra. Los Estados Unidos han conseguido representar ante los ojos de los asiáticos lo contrario de lo que querían ser: el país colonizador, el opresor blanco, el ocupante extranjero.

ESTE terrible fracaso ideológico, parejo al fracaso militar, se refleja enteramente en la vida americana; se refleja en la vida europea, que es, en cierta forma —en su forma clásica y económica, con la importante excepción de las juventudes—, un remedo de la vida americana. Las divisiones, las crisis, los miedos, se acentúan. De Gaulle, que trata de sacar

a Francia de la órbita americana —y no lo consigue más que en superficie— es, al mismo tiempo, objeto de admiración, de envidia y de odio. Se le considera una sombra que pasa, no un creador de doctrina que puede dejar una huella profunda. Es un hombre coyuntural; por tanto, mudable, variable. De Gaulle es el hombre que ha impedido que Europa sea hoy totalmente americana; pero tampoco la permite que sea enteramente europea. Muchos querían seguir su camino; no se atreven.

KIESINGER, en Alemania Federal, es un De Gaulle impotente. Querría conciliar el espíritu de independencia del General con su necesidad de los Estados Unidos. En el primer año de la coalición política entre demócratas cristianos y social demócratas se han querido inaugurar algunas doctrinas nuevas: la «Ostpolitik», la política del Este, seguía el camino del general para abrirse puertas —y mercados— en el mundo comunista: encontró una fisura en Rumania; Willy Brandt tomó champagne con Manescu y, en el acto, quedó congelada la «Ostpolitik»; Polonia temió por sus fronteras con Alemania Federal, Alemania del Este creyó que iba a ser aislada de sus aliados, el Pacto de Varsovia conoció una cierta crisis, y se vio que la Alemania del Oeste, creada a su imagen y semejanza por los Estados Unidos, nutrida por ellos, obsequiada con un milagro económico y, por lo tanto, obligada a ciertas servidumbres, no tenía la movilidad que tenía Francia; y aquí se encuentra, para terminar el año, con la dura nota soviética acusándola de dejar renacer el nazismo —que, sin duda, brota a pasos agigantados en las viejas cervecerías de la historia nazi de Munich—; aquí se queda, por ahora, la apertura hacia el Este, quizá con el triunfo momentáneo que pueda suponer una próxima reanudación de relaciones con Yugoslavia.

Nl democrática ni autoritaria, ni americana ni europea, ni independiente ni ocupada, ni unida ni desunida, ni joven ni vieja, ni izquierdista ni derechista, ni rica ni pobre. Europa vive en un limbo de indecisiones, y ve que las catástrofes del mundo se le aproximan sin que pueda hacer nada por aliviarlas o por alejarlas. La angustia del Vietnam, el temor de que la guerra de Asia se amplíe, de que el juego de la guerra se haga atómico, la atenaza; la atenaza el temor menor, pero muy visible, de que la serie de contracciones a que da lugar esa guerra, la inquietud del tercer mundo, la desesperación de las clases no privilegiadas, y el espíritu de intervención global de los Estados Unidos —espíritu que hoy representa probablemente, más que un deseo de expansión de imperio, el terror de verse amenazada por todas partes y el de saber que no puede sostener su nivel de vida si no es a costa de los demás— puedan precipitar una catástrofe económica. Los primeros síntomas son inquietantes, y los primeros damnificados —evidentemente, las clases pobres— no muestran síntomas de conformidad. 1968 puede ser un año de inquietudes sociales graves, en Estados Unidos y en Europa, y pueden acentuarse hasta extremos muy importantes ciertos movimientos de resistencia, las agitaciones de los países subdesarrollados, y pueden surgir nuevos y complejos conflictos, al mismo tiempo que deben rebrotar los que han quedado mal apagados en 1967.

No hago profecías. Recojo, simplemente, un ambiente que es muy común en varias ciudades que visito y que pueden representar una media del pensamiento de Europa occidental.

E. H. T.
Francfort, diciembre